



La avenida de Mayo.

Al abrir mi ventana.

Al abrir mi balcón esta primera mañana, singulares sensaciones me perturbaban el alma. Todo lo que he hecho desde el día en que abandoné París se desvanece de pronto cual un sueño. Cádiz, un sueño... El barco, un sueño... Montevideo, un sueño... Y la realidad aparece ante mis ojos, obligándome á notar que no me he movido, que no he salido de mi casa, que no he abandonado mi rinconcillo habitual. Lo que veo, en efecto, es lo de siempre: cielo, calle, gente, coches. Ya antes de salir de la cama, el ruido que desde la calle sube hasta mi estancia había-me sorprendido con sus notas familiares.

Porque, así como los ciegos de El Cairo reconocen cada barrio por el murmullo de sus vendedores ambulantes, así yo sé, de memoria las orquestaciones del bulevar parisiense, con sus motivos que cambian según las horas del día. En la mañana, sus ritmos, caros al alma de los futuristas, están hechos de mugir de automóviles, de pasos de caballos en el asfalto y de repiques lejanos de tranvías que pasan por las calles vecinas. El murmullo humano no es aún bastante intenso para volar hasta un segundo piso. Ya volará por encima de los techos un poco más tarde. Entretanto, yo oía, al despertarme, á mi ciudad como la he oído siempre. La oía rodar, vibrar, trotar, gemir. Y en la modorra del lecho, decíame: «Es una ilusión, puesto que no estoy en París, sino en Buenos Aires.» Pero he aquí que al abrir la ventana me convenzo de mi error. Es en París en donde estoy, no en Buenos Aires... Ahí, en la esquina, veo la terraza de mi café, de mi café de siempre, en el cual, dentro de un rato, he de encontrar á mis amigos de siempre hablando siempre de lo mismo... Enfrente, bajo una «marquesa» de cristales, se

distinguen los grandes carteles que anuncian el espectáculo de esta noche en el Vaudeville. Otro cartel, más grande, dice: «Odeón»; otro, «Apolo»; otro, «Royal»... ¿Y los inmensos rótulos de oro que corren sobre las fachadas grises anunciando hoteles, restaurants, cafés, almacenes?... Entre los que puedo leer desde mi mirador no hay uno solo que no me parezca familiar. Esos «Cecil», esos «Excelsior», esos «Albión», esos «Savoy» que resplandecen á lo lejos son los mismos. Pero ¿qué no es lo mismo, al menos á esta hora temprana?... En ese quiosco lleno de ilustraciones francesas es donde todos los días compro mis periódicos favoritos; esos automóviles que ostentan en un inmenso escaparate sus severas carrocerías son los que, desde hace años, me obligan á meditar en los inconvenientes de ser pobre; esa tienda llena de objetos tentadores é inútiles es la que, allá hacia fin de año, me ayuda á salir de compromisos con las damas que me invitan á sus fiestas.

¿Y la gente?... Desde aquí claro que no oigo lo que habla. Pero estoy seguro de que la lengua que emplea es el francés. ¿No es-

tamos acaso en París? Los chiquillos que pasan con sus paquetes de periódicos bajo el brazo y que gritan títulos que nadie comprende; los carritos de panaderos que llevan un cesto lleno de dorados *croisants*; los carricoches tirados por jamelgos flacos, en cuyo interior brillan, con sus tonos de oro y de esmeralda, las frutas y las hortalizas; los hombres que van de prisa, con las manos metidas en los bolsillos del gabán; los niños que se encaminan hacia la escuela con sus libros atados en una correa; los barrenderos, escrupulosos y apacibles, que recogen un papel, luego otro papel, luego una hoja seca, y que sonríen beatamente; los camareros de café que van corriendo; todo lo que significa vida, actividad, movimiento, es de París. Y si alguna duda me cupiese, no tendría mas que ver los lindos desfiles de obreritas que marchan, ligeras y rítmicas, en busca de alguna cercana rue de la Paix. En ellas sí que no cabe engaño. Son las mismas de todos los días, son las de ayer, son las de siempre; son las que, con sus gentiles coqueterías, alegran las horas en que las damas ricas duermen aún; son las tentadoras humildes que

van acariciando visiones de amor y de alegría hacia la cárcel de los talleres. Menudas, esbeltas, andando con un poquito de petulancia, ondulan bajo los árboles de otoño y dejan detrás de sí, ya que no un rastro de esencias embriagadoras, como las criaturas de lujo, por lo menos una huella de frescura, de ingenuidad y de gracia que perfuma voluptuosamente las mañanas bulevarderas...

En una terraza.

Después de haberme sonreído, desde lejos, con una sonrisa familiar, la gran avenida, que tiene un nombre de primavera y de libertad, me acoge cuando llego á ella y penetro en la corriente de su circulación vital con una confianza que me encanta y me desconcierta. Nada en sus detalles me parece desconocido. Nada me choca. Nada me sorprende. Las impresiones de esta mañana continúan, y al sentarme en la terraza de un café para ver desenvolverse ante mis ojos la palpitante é interminable película de la existencia callejera, experimento la sensación de que ya he estado aquí, no un día, no, sino

muchos días, mucho tiempo. Los ocultistas y los budistas explican estos singulares estados de alma diciendo que en una existencia anterior hemos podido vivir la vida que de pronto nos aparece como ya conocida. Sólo que en el caso presente tal teoría es absurda, puesto que en las etapas anteriores de mi existencia, cuando, hace tres siglos, fuí pirata en el Mediterráneo, ó cuando, doscientos años más tarde, fuí monje en un monasterio verde de Colombo, Buenos Aires no era sino una aldea, y la maravillosa avenida no existía ni siquiera en estado de vaga esperanza. Yo me figuro, en efecto, lo que habrían pensado los buenos compañeros de Juan de Garay si alguien les hubiera dicho: «Aquí se levantará dentro de poco tiempo una capital tan grande y tan hermosa, que Madrid y Barcelona y Sevilla juntas cabrán dentro de ella.» La risa habría sacudido las armaduras en una larga convulsión. ¿Buenos Aires metrópoli del Imperio español?... Lo único que sus fundadores ambicionaban era hacer de él un puerto para comerciar con el ganado. En cuanto á los pueblos de porvenir, los que estaban llamados á ser un día rivales de la corte de los Felipes,

llamábanse Lima, Santiago de los Caballeros de Guatemala, Méjico, Caracas...

Así, pues, no pudiendo haber sido en una existencia pasada, es en la presente en la que yo he visto la avenida, con su alegría, con su actividad, con su lujo, con su buen gusto. Porque, mal que pese á mi amigo Santiago Rusiñol, cuyo libro sobre la Argentina es un ramillete formado con todas las flores de la injusticia, la característica de esta ciudad es el buen gusto. Bien sé que esto ni los mismos porteños se atreven á decirlo. «Un pueblo hecho en poco tiempo—murmuran excusándose—no puede ser cual una ciudad hecha por los siglos. No tenemos arquitectura, y vivimos de imitaciones ó de copias.» Es cierto. Mas ¿dónde está la capital moderna que no se halla en el propio caso? La misma Barcelona, patria de Rusiñol, es un muestrario disparatado de fachadas belgas y alemanas. Buenos Aires, más feliz, ha ido á inspirarse á Francia, y de Francia, país de medida, de armonía, de elegancia sobria, ha traído estas líneas puras que dan á la avenida de Mayo su gracia severa de gran bulevar parisiense.

Viendo pasar la gente.

El temor que yo tenía de que por la tarde, á la hora de las lánguidas charlas de café, la magnífica y nerviosa avenida se convirtiera en uno de esos lugares de paseo en los cuales la población se estanca para murmurar, acaba, felizmente, de desvanecerse. No, nada aquí hace pensar en la calle de Alcalá y en sus lentos cortejos familiares; no, nada nos recuerda las galerías de Italia, en las que se estanca la ola de los desocupados. La gente que pasa sabe adonde va, sabe á lo que va. Para el pausado ambular bajo las alas suaves de las quimeras deben existir otras calles, otras alamedas. Esta es una arteria que palpita con toda la sangre joven y generosa de la ciudad, y que lleva, de un extremo á otro, en abundante corriente, la fuerza, la riqueza, la alegría, el lujo, la esperanza. El *utile dulci* de los latinos podría ser grabado en sus muros. No hay nada, en efecto, en que la doble preocupación del negocio y de la estética no estén unidos. Imaginar elegancia más robusta sería imposible.

Yo he estado en Nueva York y he visto con admiración y espanto la catarata de vida que arrastra á los hombres por Brodway desde la mañana hasta la noche. La vida ahí es un vértigo, y el hombre, un iluminado ó un autómata, una máquina ó un delirio. De arte, de gusto, de armonía, de medida, de distinción, ni siquiera una idea tiene la metrópoli norteamericana en su existir callejero. La gente pasa entre edificios desiguales sin ver y sin pensar que pueden verla. El que se detiene ante un escaparate expónese á ser arrollado por la corriente. *¡Time is money!...* Aquí, en Buenos Aires, donde, sin duda, existe una fiebre de trabajo y de codicia tan intensa en el fondo cual la de Yankilandia, pero mucho más delicada en sus manifestaciones, la vida exterior no pierde nunca su ritmo, su ligereza, su frescura. Las caras que en la Cuarta Avenida se crispan, en la avenida de Mayo sonrían. ¿Será en esto en lo que consiste la superioridad de la cultura latina? La superioridad de Buenos Aires, cuando se la compara con las ciudades nuevas, con Berlín, con Montreal, con Nueva York, está en su gusto, que sabe, tal vez más

por instinto que por estudio, suavizar lo que hay de demasiado luciente y velar lo que hay de demasiado lujoso en su joven belleza. Los árboles que ponen como un encaje móvil ante las fachadas; las altas columnatas de los lampadarios eléctricos, que tratan de romper la monotonía de la perspectiva rectilínea; la suntuosidad de los escaparates, con el perpetuo atractivo de lo lujoso, de lo luciente, de lo femenino; el regocijo pueril de los enormes caracteres áureos que cubren los balcones y animan los muros; la familiaridad de las terrazas de café, con su abundancia de charlas; el murmullo de sus vendedores ambulantes que ofrecen las cosas más absurdas con la mayor naturalidad del mundo; todo, en fin, tiene aquí un atractivo de que carecen las capitales improvisadas.

Las sombras de la noche.

Antes de acostarme vuelvo á abrir mi ventana para contemplar el espectáculo de la gran calle expresiva. A la luz de las innumerables lámparas eléctricas, las altas facha-

das recortan sus finas cresterías en un fondo negro, formando una fantástica visión de muralla almenada. De trecho en trecho, una cúpula, una torrecilla, un belvedere, sobresale del conjunto, poniendo una alta claridad de faro en la noche. El ruido que sube, ya no es el incesante trepidar de motores y el perpetuo rodar de coches de la mañana. La gente que pasa, destacándose en siluetas negras ante las vidrieras luminosas de los cafés, parece no llevar prisa ninguna. Todo resulta más lento, más grave, más solemne que algunas horas antes. Hay algo de fantasmal en los seres y en las cosas. Las bocinas de los automóviles, más estridentes que en el día, dispersan notas de angustia en el aire. El ir y venir lento, tan lento como en todas partes, de las vendedoras de caricias, sugiere ideas de infinita piedad. ¡Ah! ¡Las cortesanas de la avenida de Mayo!... ¡Si por lo menos tuvieran algo de provocantes, algo de perversas, algo de diabólicas! Pero van, las pobres, una tras otra, sin coquetería, casi sin aliento, y cuando, de trecho en trecho, se detienen para atraer á un hombre que pasa precipitado ó distraído, nótase que el

movimiento de su cabeza, que se yergue, es puramente mecánico. Desde mi observatorio no veo ni sus miradas ni sus sonrisas. Pero bien sé cómo son, bien sé la pena que inspiran á los que saben contemplarlas con ojos sin prejuicios de moral. «Yo la reconocería entre mil, aunque no la contemplara sino un segundo», dice Tomás Quincey hablando de aquella miserable y divina Ann, en cuyo seno reposó una noche su cabeza embriagada de opio y de poesía. Yo también, aun desde muy lejos, reconozco en su andar de fantasmas á las innumerables Ann de las grandes capitales. Y como el poeta inglés, piadosamente, beatamente, dirijo con mi alma una plegaria al dios ignoto que debe protegerlas, para que haga menos duro el incesante calvario de sus paseos nocturnos.

¡Ah, la noche, la noche, qué bien la sentía el Rey Salomón cuando pedía á Jehová que lo librara de la cosa terrible que se pasea entre sus sombras!

Aquí, á pesar de los infinitos focos eléctricos, las alas del misterio palpitan en el ambiente. Todo tiene algo de extraño, algo de tembloroso. Las linternas de color de los

coches, forman singulares cortejos inquietos. A cien pasos de mi hotel, el amplio peristilo de un teatro, iluminado á giorno, parece un refugio para los que sienten la zozobra de la hora. Un vendedor de periódicos, salmodiando su eterno clamor, se detiene en plena calle, y de pronto, como si se lo hubiera tragado la tierra, desaparece. Su grito, sin embargo, se oye siempre, y yo me figuro que pide auxilio contra el demonio de las sombras que acaba de arrebatarlo. Era el último ser que parecía ir hacia el trabajo, franco y alegre, pregonando su mercancía. Ahora que él ya se ha esfumado no queda sino la ciudad, que se prepara á gozar, ó á orar, ó á meditar. Los hombres van de prisa y se esfuman en las esquinas. Sólo las pecadoras, lentas, graves como vestales de un culto secreto, siguen su procesión silenciosa.

En un reloj han sonado tres campanadas. De minuto en minuto, lo callado, lo inquieto y lo fantástico va aumentando...